



LA BATALLA DEL MATADERO. LA VANGUARDIA
EN RETAGUARDIA



1.- El nombre es importante. El concepto *Live Arts*, del que Artes Vivas constituye una pésima traducción (lo correcto sería Artes en Directo), se utilizó por primera vez en Inglaterra a mediados de los años 80 para etiquetar una serie de obras artísticas que, si bien estaban genéricamente adscritas a lo teatral, es decir, al acto de representar ante el público, eran, o así lo creían sus autores, de difícil descripción en tanto que se habían hecho fusionando lenguajes artísticos diversos. Con el nombre, pues, no se establecía una categorización, sino tan sólo el deseo de distanciarse de cuanto estuviera limitado por la nomenclatura preexistente (¡Teatro!) al considerar, con razón o sin ella, que ésta tenía un efecto restrictivo. Así pues, las *Live Arts*, como muchas otras manifestaciones de la Modernidad Artística, se definieron no *per se*, sino por voluntad expresa de alejamiento de un canon preexistente. Que dicho canon existiera de verdad es un hecho cuestionable, pero lo que cuenta es el resultado: no resulta posible determinar qué es lo que cabe dentro del concepto *Live Arts*, porque no constituye un todo coherente, ni presupone una línea estética determinada, ni un discurso común, sino que es tan sólo el título aplicado *a posteriori* a una suma de experiencias individuales de muy diversos orígenes. Por tanto, decir que un centro público se va a dedicar a las Artes Vivas es no decir absolutamente nada; el director decidirá, según sus gustos personales, qué es lo que entra y qué es lo que no entra en la programación. Eso significa que cuando cambie el director cambiarán también las premisas, porque no existen objetivamente. Como criterio para definir el funcionamiento de una institución pública resulta bastante dudoso. El hecho lamentable de que la falta de criterios sea, desde hace años, el criterio más común en la política cultural madrileña no justifica que se añada otro disparate a los que ya existían antes.

2.- Memorial de agravios. Quienes defienden este centro de Artes Vivas alegan que su apertura constituye un acto de justicia; que *ellos* han sido sistemáticamente preteridos por las instituciones públicas; que ésta es su hora, y que los profesionales que protestan por el cambio no son más que un grupo mimado y favorecido, cultivador, por demás, de un «teatro convencional» de «estéticas obsoletas» sin motivo real para quejarse. Dejando de lado la rencorosa idiotez de considerar «mimado y favorecido» a un colectivo en perpetuo estado de ahogo, así como el genérico desprecio hacia su labor profesional (como si todos fueran iguales; como si todos hicieran lo mismo) cabría preguntarse quién son exactamente esos *ellos* que han sido, supuestamente, arrinconados, y que ahora, por fin, reciben «lo que se les debía». Porque, dado que las Artes Vivas, como hemos visto, no son nada específico ni poseen ningún rasgo unificador, ¿quién tiene derecho a formar parte de ese grupo? La programación apuntada por Mateo Feijoo no aclara gran cosa. ¿Basta con haber sido despreciado por los teatros públicos? Si eso es así, cabrían muchos teatreros bastante conservadores; por el contrario, no podrían estar en la lista personajes como Rodrigo García o Angélica Lidell, que sí han formado parte de la programación de dichos teatros. ¿Es la *modernidad* de la propuesta lo que la identifica como *Live Art*? Pero, ¿cómo se mide eso? ¿Por la presencia de videos en escena? A estas alturas incluso las producciones de la Compañía Nacional de Teatro Clásico los incluyen. ¿Por los autores elegidos? El repertorio de Ivo Van Hove, que pasa por ser uno de los gurúes de lo moderno en teatro, consiste en Ibsen, Moliere, mucho Shakespeare, e incluso ¡Ayn Rand! ¿Es la narrativa fraccionada lo que le convierte a uno en Miembro de Número de las Artes Vivas? El mecanismo está ya en el poema de Gilgamesh. ¿Es la fusión de lenguajes? ¡Pero si eso se encuentra hoy incluso en los musicales de la Gran Vía! ¿Consiste en ponerle nombres extravagantes a cosas que existen desde siempre? En fin... ¿Es la «experimentación»? Sobre este particular, demos la palabra a Tarkovky en su libro *Esculpir en el tiempo*: «¡Ay el experimento! (...) No hay nada más carente de sentido que relacionar términos como «búsqueda» o «experimento» con una obra de arte. Tras ellos se esconden falta de fuerzas, vacío interior, falta de conciencia realmente creativa y miserable vanidad». Tarkovsky identificaba a estos «artistas investigadores» con la pobreza pequeñoburguesa y

aquí reside la irónica clave de cuanto sucede. La vanguardia se encuentra hoy exactamente en el mismo lugar donde estaba el «teatro burgués» hace un siglo: convertida en rutina, en mera repetición de códigos vacíos y exhibición de egos, en aburrimiento, en pura endogamia para el disfrute de una minoría que se considera a sí misma una élite intelectual. Que los nuevos burgueses crean no serlo porque se han hecho de izquierdas, ecologistas y veganos no cambia nada. No es que haya sido arrinconada; no es que se haya impedido al público conectar con ella. Es que su autismo intelectual, su negativa al principio mismo de comunicación, y el hecho de que sus propuestas carezcan ya de toda novedad ha generado esa situación. La sociedad actual tiene la prodigiosa habilidad de digerirlo todo, y eso en la práctica significa que la deuda con las vanguardias está amortizada y cancelada. Ya no tenemos que seguir pagando la mensualidad. *Nadie debe nada a nadie*. Por eso, presentarse a uno mismo como «moderno» por comparación con sus contemporáneos se ha convertido, a estas alturas, en un acto insensato y ridículo. Que además quienes todavía tienen el impudor de alinearse a sí mismos en la vanguardia exijan ser protegidos por el paraguas del estado es una pirueta histórica que despertaría las carcajadas de los dadaístas.

3.- Las cuentas del Gran Capitán. En nuestro país, por oscuros motivos, se han confundido durante años el arte y las industrias del arte, así como el arte y la cultura, siendo todas estas cosas muy diferentes entre sí. Este deliberado revoltijo se encuentra en la base de la gran mayoría de los problemas que aquejan al sector teatral, que pese a disfrazarse solemnemente de conflictos políticos o filosóficos, son meramente asuntos «industriales», no «artísticos» ni «culturales». No hay aquí lugar suficiente para explorar este tema con la profundidad que amerita. Baste con decir esto: lo difícil de cualquier proyecto industrial no es su puesta en marcha, sino su mantenimiento. Nuestros políticos ignoran este principio estrepitosamente, y lo vemos metaforizado en esa manía de inaugurar grandes edificios públicos cuya conservación resulta imposible. (¡Cambiar una simple bombilla en el lujoso techo de la Terminal 4 de Barajas supone recurrir a dos operarios y una grúa!). Convertir las Naves del Matadero en un espacio teatral popular partiendo de la nada ha costado a los madrileños una década

entera, invirtiendo en ello un ingente capital, financiero y humano. Hasta el más ignorante de los gestores sabe lo que al parecer ni Carmen ni Celia Mayer han entendido: que la fidelización de un público es, en las circunstancias socioeconómicas actuales, un milagro del que no se puede prescindir, máxime cuando la institución resultante aporta beneficios culturales y económicos a la ciudad. Interrumpir de golpe ese crecimiento, transmitiendo, además, en todas las comunicaciones públicas de la municipalidad, que cuanto se había hecho hasta entonces no era «lo que Madrid necesitaba», es una negligencia de proporciones criminales, así como un insulto a los centenares de profesionales que han trabajado en esos espacios durante una década y a los miles de ciudadanos que han disfrutado de ellos. Para colmo, el mismo día en que escribo esto, 4 de abril, se publica la noticia de que la alcaldesa ha decidido «deshacer la gestión cultural de Mayer» y «volver a un modelo anterior». La vanguardia está muerta; la incompetencia y la ignorancia, desgraciadamente, siguen muy vivas.

Ignacio García May